

SESENTA AÑOS DEL «JORGE JUAN»

Luis MOLLÁ AYUSO



N los primeros meses de 1957, el recién nombrado ministro de Marina, almirante Felipe José Abárzuza Oliva, autorizaba la construcción de una residencia en Madrid para hijos de generales, jefes y oficiales de los cuerpos patentados que se hallasen cursando estudios relativos a carreras ajenas a las de la Armada y cuyas familias no residieran en la capital, incidiendo en el mismo escrito en que de la organización y administración de la misma habría de encargarse la entonces Asociación de Acción Social. Iniciada la construcción, el propio ministro acotaba que lo que todavía se esperaba que fuera a ser una residencia se reservaría a aquellos alumnos que cursaran estudios en las distintas facultades universitarias y en escuelas especiales, señalando que una vez en funciona-

miento cesaría el servicio de internado establecido para esos mismos estudiantes en el Colegio de Huérfanos de la Armada Nuestra Señora del Carmen.

Para la ubicación del centro se pensó en los terrenos de la Ciudad Universitaria, ideales por su proximidad al conjunto de facultades; sin embargo, la Armada no podía acceder a esas fincas con ánimo de compra, pues se trataba de una zona perteneciente al campus de la Universidad Complutense con régimen jurídico propio, por lo que únicamente podían ser cedidos mediante aprobación de la Junta de la Ciudad Universitaria y el pago del correspondiente canon, siempre que los terrenos fueran destinados al levantamiento de un colegio mayor universitario y no una residencia. El 31 de enero de 1959, aprobada la cuestión y hecho efectivo el pago del canon, el Ministerio de Educación autorizó la construcción de un edificio destinado a colegio mayor, dependiente del Patronato de Casas de la Armada, en una parcela de 6.300 metros cuadrados situada en la zona de colegios mayores oficiales, a conti-



Edificio original.

nuación del entonces Colegio «Generalísimo Franco».

Para darle nombre se barajó una terna de oficiales que habían destacado especialmente en el mundo de las letras y las ciencias y en el servicio a la Armada: Gabriel de Císcar, Jorge Juan y Santacilia y Martín Fernández de Navarrete, eligiéndose finalmente el del jefe de escuadra alicantino. Con el tiempo, a continuación del Jorge Juan se

levantó otro que se llamó Barberán y Collar, cuya gestión y uso pertenecía al Ejército del Aire, y otro más, ya en la linde con la Ciudad Universitaria, el Marqués de la Ensenada, que a pesar de ostentar un nombre tan vinculado a la Armada no tiene ninguna relación con la institución.

Con el Colegio Jorge Juan, la Armada honraba a uno de sus hijos más destacados no solo en la faceta naval, sino en un gran elenco de ramas de la ciencia. En efecto, nacido en Novelda, Alicante, el 5 de enero de 1713, y muerto en Madrid el 21 de junio 1773, Jorge Juan y Santacilia fue un polifacético marino que brilló especialmente en los campos de las ciencias y de la construcción naval. La más sucinta de sus biografías certifica plenamente el acierto de la elección de su figura para dar nombre a un Colegio Mayor Universitario de la Armada, cuyo escudo luce las armas del propio marino aderezadas con la cruz de la Orden de Malta a la que pertenecía, razón por la que acató el celibato a lo largo de su vida y no dejó descendencia.

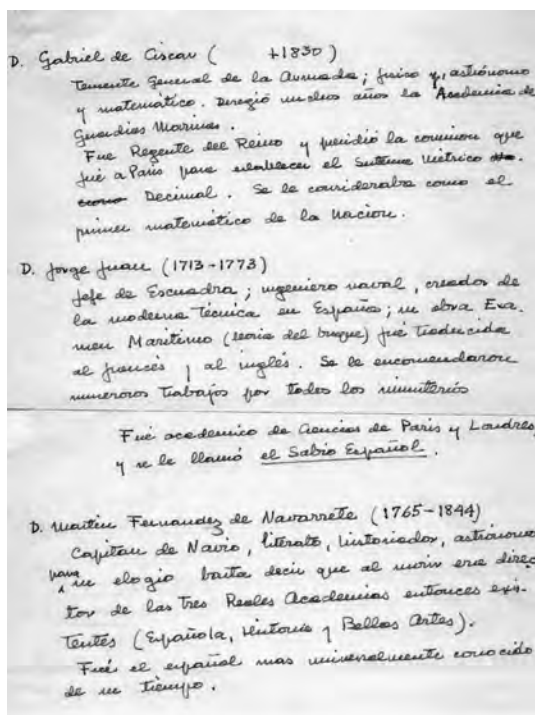
Con 16 años ingresó en la exigente Academia de Guardias Marinas de Cádiz, donde pronto adquirió fama de alumno aventajado, lo que le llevó a ser conocido por sus compañeros con el sobrenombre de «Euclides». Después de tres años de navegaciones y combates por el Mediterráneo, fue seleccionado junto a Antonio de Ulloa para viajar a Quito como parte de una expedición científica francesa que trataba de medir el arco de meridiano en el ecuador para compararlo con el medido en el Círculo Polar Ártico y poder determinar si la Tierra era completamente redonda o estaba achatada en los polos, un melón o una sandía en la terminología popular de la época. La delegación española había sido invitada por el simple hecho de que Quito formaba parte del Imperio y en un principio los franceses rechazaron sus cálculos por puro chovinismo, viéndose obligados finalmente a reconocer que eran, con mucho, los más precisos. A Jorge Juan le cabe el mérito, pues, de haber demostrado que la Tierra es una sandía.

Vista su preclara inteligencia y ante la evidencia de que los barcos ingleses superaban a los españoles, fue enviado a Inglaterra como espía para conocer de primera mano las técnicas de la construcción naval inglesa. Para el desempeño de su misión el marino alicantino contaba con un juego completo de pelucas, barbas, bigotes, gafas y diferentes tipos de indumentarias y varios pasaportes falsos que le permitían convertirse en «míster Josué», un comerciante de vinos que se movía con soltura por las tabernas portuarias, o «míster Sublevant», un librero interesado en todo tipo de grabados, libros y láminas de contenido naval. A su regreso, los astilleros españoles dieron un salto de tal magnitud que en un solo año fueron interceptados cuatro espías ingleses que venían a investigar las asombrosas técnicas de la nueva construcción naval española.

Protegido del ministro Ensenada, en 1752 fue nombrado director de la Academia de Guardias Marinas de Cádiz, y un año después, por encargo del rey Carlos III, se le encomendó el levantamiento del Real Observatorio de Marina de San Fernando, que a fecha de hoy sigue siendo una de las referencias mundiales en el conocimiento y observación de los astros. Sus deducciones facilitaron el ordenamiento y la determinación exacta del sistema solar.

Ante la evidencia de que sus cálculos del grado del meridiano aceptaban el sistema de Copérnico, tenido aún por hereje al situar al Sol y no a la Tierra como centro del sistema solar, la Inquisición pretendió actuar en su contra, pero lejos de eso sus explicaciones terminaron convenciendo a la curia romana, que acabó por aceptar la realidad del sistema solar. Para entonces Jorge Juan daba fin a la ambiciosa reforma naval que le había encomendado el rey, cuya organización aún persiste más de dos siglos después.

Desgraciadamente, tras la caída de Ensenada y por cuestiones políticas, el sistema de construcción ideado por Jorge Juan fue sustituido por el modelo



Documento original sobre el que se debatió el nombre del Colegio.



Monumento a Jorge Juan en su ciudad natal.

francés y los planes de recuperación naval de España quedaron estancados. Poco antes de morir, el insigne marino escribió una dura carta a Carlos III por su subordinación ciega al modelo naval francés, vaticinando graves pérdidas en el futuro, adelantándose en 32 años al desastre de Trafalgar, cuando los navíos ingleses, inspirados en los estudios de Jorge Juan, se impusieron a la pesada y vetusta flota hispano-francesa.

Sus restos mortales descansan en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando desde su muerte el 21 de junio de 1773.

Volviendo al Colegio Mayor que el sabio alicantino ha perpetuado con su nombre, alcanzado el acuerdo con la Junta de la Ciudad Universitaria faltaba obtener la condición de colegio mayor, para lo cual la Marina tenía varios

caminos a seguir, eligiendo el ministro Abárzuza el de dirigirse al titular del Ministerio de Educación solicitando el reconocimiento por medio de un decreto conjunto de ambos ministerios, como habían hecho los colegios mayores Nuestra Señora de Guadalupe y Hernán Cortés, dependientes del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Gracias a su estatus de colegio mayor, que además habría de acoger a huérfanos de una asociación benéfica como era el Patronato (para el primer curso se inscribieron 29 huérfanos), desde su primer día de funcionamiento el Jorge Juan gozó de la consideración de Fundación Benéfica Docente, con todas las ventajas de exenciones fiscales, subvenciones y otros beneficios, entre los que cabe destacar el de contar con un régimen fiscal y económico propio, todo ello en virtud del Decreto de 28 de octubre de 1956 que contenía la legislación relativa a colegios mayores universitarios.

A punto de comenzar su primer curso, las autoridades de la Armada buscaban una fecha para establecer la fundación del Colegio; sin embargo, dado

que la consideración de colegio mayor se la daba el Ministerio de Educación Nacional, eran las autoridades de este las que se consideraban responsables de situar el evento en el calendario. En realidad, a pesar de representar un cúmulo de ventajas, la consideración de colegio mayor/fundación de lo que inicialmente estaba pensado como una mera residencia de estudiantes representaba para la Armada un nudo de conflictos, pues al adquirir el estatus de órgano de la Universidad en función del artículo 1.º del ya citado decreto, el Jorge Juan se desligaba de la Armada en algunas de sus funciones que esta consideraba inaceptables, fundamentalmente su gestión como cualquier otra unidad y la capacidad de decidir y nombrar a la dotación de personal de la misma. En estas condiciones no fue una casualidad que se nombrara primer director al entonces teniente coronel jurídico José Luis de Azcárraga y Bustamante, jurista de un extraordinario prestigio, de cuyo nacimiento en Vitoria se cumplió un siglo el pasado año.

José Luis de Azcárraga estudió Derecho en Valladolid y Santiago de Compostela e hizo el doctorado en la Universidad de Madrid. Fue profesor de Derecho Internacional Público del Centro de Estudios Universitarios y de la Academia San Raimundo de Peñafort, profesor de Derecho Internacional del Instituto Católico de Administración de Empresas de Madrid y catedrático de Derecho Internacional.

Voluntario del Requeté de Álava y soldado de Caballería durante la Guerra Civil, ingresó a la finalización de esta en el Cuerpo Jurídico de la Armada,



Ceremonia de entrega de becas.



El general Azcárraga, primer director del Colegio.

donde alcanzó el empleo de ministro togado y ocupó el puesto de inspector general del Cuerpo Jurídico. Antes de dirigir el Jorge Juan durante el año correspondiente al primer curso, fue profesor de la Escuela Naval Militar y de la Escuela de Guerra Naval. Durante su etapa como profesor de la primera escribió el guion de la película *Botón de Ancla* de la versión que dirigió Ramón Torrado en 1948.

La dirección que Azcárraga ejerció en el Jorge Juan consiguió en buena parte desenredar la madeja jurídica que representaba la doble dependencia, armonizando la relación entre los dos ministerios de los que dependía. En el momento de pasar la pertinente inspección por parte del Ministerio de Educación se le cuestionó la falta de locales dedicados a biblioteca y sala de estudios, con la capilla y el salón de estar de los alumnos, las cuatro exigencias irrenunciables del Ministerio. Sin perder el ánimo, Azcárraga

declaró que el cumplimiento de tales cuestiones se había retrasado un poco, pero que al día siguiente podrían ser supervisados sin mayores retrasos. Cuando la inspección se presentó al día siguiente se encontró en el salón que habían reconocido el día anterior un tabique nuevo que todavía olía a pintura y cemento y, al otro lado, una sala con mesas, sillas y estanterías repletas de libros, principalmente de Derecho, pues pertenecían a su biblioteca personal. El informe del Ministerio fue altamente satisfactorio.

Incluyendo a Azcárraga, tres de los cinco primeros directores pertenecieron al Cuerpo Jurídico. Hasta la fecha han sido doce los oficiales de la Armada y de los Cuerpos Comunes que han ocupado este cargo en tan prestigioso centro. Desde el primero de ellos, y en virtud de los estatutos presentados por

Azcárraga y aprobados en su tiempo por los ministros de Marina y Educación, el director tiene autoridad delegada del rector en cuanto concierne a los aspectos educativos y formativos de los colegiales y autonomía completa en cuestiones administrativas y económicas. En los inicios del Colegio era nombrado por orden ministerial del Ministerio de Educación a propuesta del de Marina, y tenía autonomía suficiente para el nombramiento de personal y concesión de becas. Se conserva abundante correspondencia epistolar entre Abárzuza y el primer director del Jorge Juan, que sugiere, por una parte, la honda preocupación de la Armada por levantar una institución de sólidos cimientos no solo arquitectónicos, sino, principalmente, educativos y morales; y por otra, la extraordinaria libertad de movimientos de que gozó el teniente coronel Azcárraga, que designó personalmente a los dos subdirectores que fueron admitidos en plantilla, uno para asuntos docentes y el otro para actividades residenciales, que recayeron en un comandante y un capitán del Cuerpo de Intendencia. El director intervino directamente también en el nombramiento de un alférez de navío regidor, un capellán en permanencia y el capitán Alberto Ruiz de Galarreta, que cubrió el destino de médico sin desatender el suyo propio en la Policlínica Naval. Completaban la plantilla dos suboficiales, contraamaestre de víveres y mecánico, cinco cabos segundos, dieciocho marineros de oficio, un funcionario civil y dos civiles no funcionarios. También se contrató a un grupo de seis limpiadoras y dos planchadoras, a las que, tal vez



Entrada actual.



Ceremonia de inauguración.

por ser las únicas mujeres a bordo, se les exigía un código de conducta que debían aceptar y firmar, y que, entre otros, incluía puntos tan pintorescos como que «no debían ser chismosas, enredadoras ni envidiosas» o que tenían que «hablar en voz baja y no dar voces ni cantar».

Hoy los tiempos han cambiado y la plantilla actual, que no tiene nada que ver con

aquella que diseñó Azcárraga, se compone de un capitán de navío o similar, otro de fragata, un teniente de Intendencia, dos suboficiales y ocho puestos pertenecientes a personal laboral.

Terminada su construcción a principios del verano de 1959, el Jorge Juan quedó listo para la llegada de los primeros colegiales, y sus cimientos, efectivamente, debían de estar sólidamente plantados, pues soportaron airosamente el terremoto que tuvo lugar la madrugada del 28 de febrero de 1969, de 7,8 de magnitud según la escala de Richter, que, sin embargo, afectó severamente a numerosas edificaciones en la zona.

El Colegio está constituido por un edificio lineal de tres plantas, compuesto por una galería central y seis alas, dos por planta, con veinte habitaciones por ala, hasta un total de 120 alojamientos individuales, inicialmente todos para uso masculino. La curvatura del edificio, en la que algunos han querido ver los brazos de un ancla como símbolo de la Armada, obedece en realidad al deseo del arquitecto de llevar el calor del sol en su salida a las habitaciones más desfavorecidas en ese aspecto.

En la planta baja no hay habitaciones; al principio aquí se encontraban el comedor y el salón, añadiéndose posteriormente la biblioteca, ya completamente desligada del salón, y la cafetería. Un largo pasillo en el que despliegan los retratos de los directores que han pasado por el centro conduce a los despachos del director y del subdirector, razón que empujó en su día a algún alumno guasón a bautizar el pasillo como «la milla verde». En este se encuentra el alojamiento del capellán, la cámara de oficiales, hoy reconvertida en sala de reuniones, y la residencia del director. Una planta más abajo, en el sótano, están las cocinas, despensas, cámaras frigoríficas y tren de lavado. Las viejas carboneras han sido reconvertidas en un moderno gimnasio y la antigua vivienda del conserje es hoy la del regidor, figura encarnada por un suboficial de la Armada encargado del cuidado del alumnado, material y buen funcionamiento de los servicios residenciales. Los viejos dormitorios de servicio son hoy tres camarotes a disposición del personal transeúnte. En el sótano se

encuentran también los paños, la caldera, tres salas de estudio independientes y un pequeño taller. Entre plantas, desde el sótano a la más elevada, se intercalan un auditorio de 80 plazas dotado de los más avanzados medios técnicos, la capilla y otros dos salones de estudio.

Las habitaciones sugieren por sus dimensiones y disposición las celdas monacales de una cartuja. En realidad, están estudiadas de modo que con el menor espacio (para poder contar con el mayor número de ellas) se puedan cumplir las tres funciones básicas de un estudiante universitario: un rincón de estudio con buena luz, con mesa y librería incorporadas que quedan ocultas, si

se quiere, del resto de la habitación por una cortina, dejando el espacio convertido en una sala de estar, con diván cama. De noche se recompone para su fin principal: un dormitorio con armario y lavabo empotrados. Todas las habitaciones tienen un balconcillo con una silla al aire libre. Con el tiempo, junto a la entrada al edificio principal, se adosó otro más pequeño para albergar la secretaría, el despacho del administrador y los archivos.

La capilla es muy sencilla. Cuenta con un par de vidrieras estrechas del suelo al techo que le dan una buena luminosidad durante el día, un pequeño altar y su correspondiente sagrario, una docena de bancos, una talla de San José y otra mayor de la Virgen del Carmen, obra del escultor José Luis Sánchez. Esta última, dado su diseño modernista, demasiado acusado, quizás, para la época, dio lugar a una fuerte controversia para la que el teniente coronel Azcárraga tuvo que hacer uso de sus mejores dotes diplomáticas.

Con el primer curso iniciado a tope de su capacidad humana, la inauguración del Colegio tuvo lugar el 5 de diciembre de 1959 y fue presidida por los ministros de Marina y Educación Nacional. La bendición del edificio corrió a cargo del vicario general castrense. Al acto asistieron el entonces almirante de la JUCEN, el rector de la Complutense y gran número de autoridades universitarias, eclesiásticas y de la Armada. Prácticamente desde su fundación, el Jorge Juan editaba su propia revista, llamada *Dique*, cuyo primer director,



Escudo del Colegio Mayor Jorge Juan sobre beca.

Miguel Rechea, es el actual presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales. Desde el Curso 1999/2000 pasó a ser mixto, reservándose la mitad de las habitaciones para personal femenino.

A lo largo de los sesenta años que han transcurrido desde su inauguración el Colegio Jorge Juan y su dotación humana han ayudado a más de 2.500 universitarios a recorrer el difícil tránsito que discurre de la adolescencia a la madurez. Sus directores han concedido cerca de trescientas becas de honor a personalidades destacadas en todos los ámbitos de la sociedad y distinguido a más de seiscientos residentes como colegiales de honor. Cada año se nombra de entre los más antiguos a un decano y un vicedecano, que proponen el consejo colegial, que se encargará de representar al grupo ante los órganos de dirección. Un par de tutores, generalmente uno de cada sexo escogidos entre los estudiantes de posgrado, se intercalan entre los colegiales, ayudándoles en los problemas que surjan de la rutina diaria. Se cuentan por centenares los antiguos estudiantes que una vez terminados sus estudios se unen al extenso elenco del grupo de antiguos colegiales, organización que sirve de apoyo al director a la hora de promover actividades que unan a viejos y jóvenes sin otro objetivo que el de mantener vivo el espíritu de Jorge Juan.

Actualmente sigue vigente el régimen de alquiler de la parcela en la que se ubica el edificio mediante el pago de un canon que se actualiza cada año y que se sitúa alrededor de los setenta mil euros anuales.

El Colegio puede ser visitado virtualmente a través de su página *web*: www.cmjorgejuan.es.

